

CELCIT. Dramática Latinoamericana 196

LAS ABARCAS DEL TIEMPO

César Brie

Nota aclaratoria: El texto que presentamos tiene algunas acotaciones que son el resultado de la puesta en escena que hicimos de la obra con el Teatro de los Andes. En nuestro trabajo, el texto teatral es a veces una guía y a veces un resultado de una investigación escénica. Las imágenes, las acciones, los objetos, el espacio escénico, algunas peculiares formas de iluminación tienen un rango equivalente al del texto.

Debe leerse el texto como una traza o huella, ya que nacieron al mismo tiempo obra y texto alimentándose uno de la otra y viceversa.

Si alguien desea ponerlo en escena, debe olvidarse de todas las acotaciones y hacer su propia obra partiendo de estas huellas verbales. El teatro vive en las escenas, cuando los actores encarnan las palabras y junto a los directores crean el universo visual y sonoro. El resto es sólo dramaturgia.

Escena 1: Matrimonio

Epifania y Jacinto van a casarse. En medio de la ceremonia discuten.

Jacinto: Epifania, por favor, espera...

Epifania: No molestes.

Jacinto: No quería ofenderte.

Epifania: ¿Así se trata a tu mujer? Buscate otra.

Jacinto: Me duelen los pies, ya no sigas.

Epifania: Te dije que te busques otra para maltratarla.

Jacinto: Bueno. Me buscaré otra entonces.

Epifania: ¿Otra?

Jacinto: Sí, otra que me haga correr menos.

Epifania: ¿Tienes otra?

Jacinto: Claro que tengo otra.

Epifania: ¿Cómo se llama?

Jacinto: No sé, ya va a tener nombre.

Epifania: Jacinto, por favor, hablemos.

Jacinto: ¿De qué vamos a hablar? Como avestruz me hiciste correr.

Epifania: ¿Es bonita? ¿Quién es, Jacinto, por favor...?

(Aparece Crispín)

Crispín: Sí, Jacinto. Conseguite otra. Hartas hay.

Jacinto: Callate cojudo, qué te metes vos.

Crispín: Epifania, conmigo casate, no con ese mujeriego.

Epifania: Fuera de aquí, baboso. No te soporto.

Crispín: Yo te quiero Epifania, desde chiquito me quería casar con vos... pero no pegues, carajo.

Jacinto: Epifania... Otra me voy a buscar.

Epifania: Jacinto, escucha por favor, estaba ofendida.

Crispín: Epifania. Vení conmigo.

(Entra Hilaco)

Hilaco: Jacinto. Lo que me debes, lo que te presté. ¿Cuándo me vas a devolver?

(Entran Amparo y el cura. Todos hablan al mismo tiempo.)

Padre: Jóvenes, una palabrita. Jóvenes calma, cállense. Reflexionen. Caramba.

(Grita) ¡Bastaaaa! Párense por el amor de Dios.. (Tose) Y cásen se de una vez.

(Amparo se acerca) No Amparo, dejame en paz por favor. Se van a casar ¿sí o no?

Esta es la cuarta vez que trato de casarlos. La primera se pelearon delante del

altar. La segunda éste llegó borracho y no entendía lo que se decía, la tercera

Epifania se había perdido y no apareció en dos días, y ahora... ¿Se van a casar o no?

Epifania y Jacinto: Sí...

Padre: ¿Si qué?

Epifania y Jacinto: Sí padre...

Padre: ¿Sí padre qué?

Epifania y Jacinto: Nos casamos.

Padre: ¿Se casan con quién?

Epifania: Con él...

Padre: ¿Con él quién... con Crispín?

Epifania: No, con Jacinto.

Padre: Y vos Jacinto... ¿con quién, con la otra?

Jacinto: Con Epifania...

Padre: ¿Seguro?... Está bien... Amparo, prepará la fiesta de una vez a ver si los casamos antes de que se arrepientan. (Alza la cruz con el pedestal) Veinte años llevo aquí y ni un monaguillo que me ayude a cargar la cruz. Crispín, ¿trajiste el altar?

Crispín: Me lo olvidé, padre.

Padre: ¿Te lo olvidaste? Vos vas a servir de altar entonces. Sacate el poncho, de rodillas. Cuando me muera voy a tener que enterrarme solo. Poner agua bendita en un balde sobre mi tumba y jalar de la cuerquita. Ahogado en agua bendita. Así va a acabar el padre Elías.

(Todos hablan y arreglan el altar mientras Epifania y Jacinto bailan sobre un poncho tendido. El cura los busca)

Padre: A ver, el poncho como reclinatorio. Bien muchachos, aguanten diez minutos más que los casamos y a otra cosa. Si se pelean casados es cosa de ustedes. Ahora conmigo, agarrados. Frente al altar. Crispín, alzá el altar. Cristo, de rodillas. Todo hay que explicarles. Los que tengan algo que decir que hablen, o si no que callen para siempre.

Amparo: Estas campanas para vos Jacinto. Para que donde vayas ella te escuche. Ustedes tienen la fortuna de amarse y poder decirlo, y todos conocemos su sentimiento. Hay otros que se aman y no pueden mostrar su amor, ¿porqué? (Mira al padre Elías) Porque no es posible, no es lícito, y la campana toca por dentro solamente... disculpen. (Se va llorando)

Padre: ¡Amparo!...

Hilaco: Este dinero en la chuspa. Para que comiencen bien su matrimonio y si

pelean, que al menos lo hagan con plata.

Padre: Hijos. Dénme las manos. No caigan en la tentación de la rutina y la indiferencia. Conserven la imprudencia de la juventud, capaz de ilusión y de amor. Sean fuertes, que sus pies no vayan por caminos torcidos, no edifiquen la casa sobre arena. La vida es dura, pero no se abran camino a hachazos ni atropellen a los demás.

Crispín: Abrevie padre, que me canso.

Padre: Silencio carajo. Sean osados, y no peleen, por el amor del cielo.

Quiéranse, que yo los uno porque ya estaban unidos. Que los separe la muerte, pero no la vida, ni el dolor, ni la costumbre ni el egoísmo. Váyanse, Cristo, están casados.

Crispín: Padre, la cruz...

Padre: Qué cruz? Ah, la cruz... (Saca la cruz de su pedestal y la da a los novios) Este es el yugo, el arado, duro de llevar, pesado, pero que abre la tierra y la germina. Así es la unión entre los hombres, fértil si aceptan su dureza. Váyanse de una vez. Y que Dios los bendiga. ¡Música...música!..

(Los novios se van arrastrando la cruz como un arado sobre sus cabezas. Los demás cantan. El padre arroja incienso y todos se van hasta que la escena queda vacía.)

Canción: (Motivo popular) Gracias a Dios soy soltero, si me emborracho es con mi plata...

Escena 2: Viaje a la Mina

Entra el relator o muerte.

Relator: En tiempos antiguos, cuando todo era uno, no había distancia. Por eso nadie viajaba sino dentro de sí. Tampoco había tiempo y nada transcurría. Pero una vez, un rayo cayó sobre una piedra y la partió, y un pedazo rodó cuesta abajo. Sucedió que las piedras se miraron, y se reconocieron. Dijeron: "estamos lejos", y se pusieron a caminar. Y cuando se encontraron decidieron seguir viajando. Cada uno esconde lo que ama. Lo que es precioso. Así, la tierra guarda

en socavones sus riquezas. Los hombres buscan lo que la tierra oculta porque reciben poco de lo que ella ofrece bajo el sol, y se rebelan a su miseria. Cavan túneles agradecidos y temerosos, para que la tierra no se enoje y los sepulte con ella. (Sale)

(Jacinto entra con chamarra y botas de minero. En cada esquina aparecerán los habitantes del pueblo con los que hablará.)

Jacinto: Padre, parto a la mina.

Padre: Ten cuidado. ¿Y Epifania?

Jacinto: Se queda padre. Hasta que tenga dinero para llevarla.

Padre: Acuérdate... (Señala el cielo) y buena fortuna.

Jacinto: Crispín, hasta la vista, cuidado con molestar a Epifania

Hilaco: Déjalo Jacinto, voy a estar pateándole. Cuídate hermano.

Jacinto: Hilaco, cuida a Epifania.

Hilaco: La cuidaré, sin miedo. Piensa nomás en volver a casa.

Jacinto: Si algo me ocurre, Hilaco, el día de los muertos ponte mi ropa y ven a buscarme. Voy a estar esperándote... donde quiera que sea...

Epifania: ¿Si algo te ocurre?

Jacinto: Epifania...

Epifania: Tuve un mal sueño. Una figura extraña, vestida de negro y piel blanca. Tenía alas, pero estaban secas como las ramas de un árbol. ¿Era la muerte, Jacinto?

Jacinto: No seas tonta mujer. Al año regresaré y haremos la casa.

Epifania: Mientras estés en la mina, siempre voy a tener miedo que te trague la tierra, pero aquí, parece que tú tienes miedo a gastarte la vida. No te pierdas. Acuérdate de nosotros dentro de la mina y toca tu campana para que yo te sienta. Jacinto, ten cuidado. (Se va)

(Jacinto viaja, en cada esquina está uno de los habitantes del pueblo. La muerte pone a Jacinto un guardaojos minero)

Crispín: Jacinto volvió para carnavales, parecía estar bien, pero se cansaba cuando bailaba. Le dijimos que lo había vuelto flojo la vida de casado.

Jacinto: Crispín... ¿Te estarás portando bien, atorrante?

Crispín: Sí, no seas tonto. ¿Estás enfermo?

Jacinto: Ya pasó, Crispín. Un poco de mal de mina. Nada más.

Crispín: A ver si vuelves para el partido con los de abajo. Sin vos no hay centrodelantero. Nos ganan siempre, carajo.

Jacinto: A fin de año vuelvo. Voy a hacer un gol de mediacanCHA.

(El relator o muerte entra y mientras Jacinto habla, con un pañuelo le mancha la cara de carbón)

Padre: El segundo año le ayudamos a levantar paredes. "Un año más y está el techo", dijo y volvió a irse.

Jacinto: ¿Padre... padre Elías? ¿Cómo está padrecito?

Padre: Bien Jacinto, dime tú. Corre voz que has estado enfermo. Que no puedes trabajar.

Jacinto: Ya estoy mejor, padre. No se preocupe. Siga casando gente, nomás.

Padre: No hay muchos aquí, para casar o bautizar. Más bien para enterrar. Dios te bendiga, Jacinto.

Jacinto: ¿La bendición? Ojalá ayude padre, que Dios le oiga.

(Entra Epifania. Jacinto saca una carta de su chaqueta y se acerca a ella.

Epifania abre la carta y comienza a leerla. Mientras lee, se aferra al hombro de Jacinto y viajan juntos el tiempo que dura su lectura. Jacinto se da vuelta y le aferra las manos. Luego se aparta)

Epifania: Le rogué que se quedara, que no volviera a irse. Pero no quiso escucharme. Con el dinero que trajo hicimos cimientos para la casa.

Jacinto: ¿Epifania?

Epifania: Jacinto. Dicen que estás enfermo.

Jacinto: Ya pasó. Ya estoy curado.

Epifania: ¿De veras? Aquí llegó la noticia que estabas en el hospital.

Jacinto: Estuve, Epifania. Pero lo peor pasó.

Epifania: ¿Por qué no vuelves? La casa no importa.

Jacinto: Voy a volver, Epifania. No temas. ¿Te estás cuidando?

Epifania: Claro que me estoy cuidando. ¿Cuándo vuelves, Jacinto?

Jacinto: Antes de lo que crees, Epifania. Cuídate por favor.

Relator: El martes de carnaval se le cayó el pañuelo. Cuando lo alzaron para dárselo vieron que estaba manchado con escupidas de sangre y sílice. Cuando se fue por última vez, tenía los ojos brillantes, como brasas de agua. La mina es una madre que atrapa a sus hijos mientras les da sus joyas. Les come los pulmones, les enferma la piel, los ojos, y a veces cuando está hambrienta, los devora.

Jacinto: Yo no quería morirme. Yo sólo quería levantar mi casa. Aunque también quería volver a la mina. La mina es extraña. Lo atrae a uno como una mujer. La veneras, la puteas, te pierdes en ella.

(Tambores. Jacinto gira y cae. La escena se oscurece. Hilaco y el relator hablan con él detrás de una ventana iluminada)

Relator: En la víspera de tu muerte vete a dormir temprano para estar de pie cuando amanezca.

Jacinto: ¿Quién habla? No te reconozco.

Relator: Escucha y mira el pasaje de la noche al día, la silueta de los cerros, los animales que despiertan, el sol que llega. Cada uno está solo. Los pájaros que cantan se morirán de a uno en perfecta soledad, en perfecto abandono. Los árboles también, cada nube disuelta y el sol mismo. También tu soledad es parte de la sinfonía.

Hilaco: Jacinto, hermano, ¿qué ocurre?

Jacinto: ¿Hilaco? Vas a despedirme de todos, ¿sí?

Hilaco: ¿Qué ocurre, Jacinto? Aquí hablan...

Jacinto: Es que me estoy muriendo, Hilaco. Me estoy muriendo. El mal de la mina. ¿Vas a mantener tu promesa? ¿El día de los muertos vas a viajar a encontrarme?

Hilaco: Voy a viajar, hermano. Vamos a charlar.

Jacinto: Gracias, Hilaco. Cuida de Epifania, te ruego. Acabá vos la casa.

Jacinto: ¿Hilaco? ¿Me oyen? ¿Hilaco? Padre Elías... Epifania... ¿No me oyen? Aquí estoy, regresando. ¿Me ven, me oyen?... (Sale mientras la escena oscurece)

Escena 3: Funeral

Padre: Cuando alguien muere en este pueblo, su amigo más íntimo hereda sus ropas, para que el día de los santos se vista con ellas y vaya a visitar al amigo fallecido. Si dejas en la tumba los zapatos del muerto él podrá caminar por la tierra que lo vio vivo. Si apoyas un pinkillo, o una quena donde fue enterrado, el viento soplará para que escuche un huayño. Si no creen en esto pregúntense por qué se sienten solos, si no bailan dentro de ustedes aquellos que amaron, si no cantan en nosotros nuestros muertos. La muerte es como un viaje y si vamos a despedir un amigo, es mala educación darle las espaldas antes que haya desaparecido. El muerto está de espaldas y las espaldas no son ausencia todavía. Dejemos morir dulcemente a nuestros muertos. Es triste olvidarlos antes del olvido.

(Todos han ido dejando ladrillos y encendiendo las luces de los objetos. Jacinto entra cargando escaleras de caña. Cada uno coloca una escalera en los huecos de los ladrillos. Se crea un cementerio con escaleras sobre las tumbas para que los muertos puedan regresar. Epifania abraza a Jacinto, Amparo la arranca y la sostiene. Jacinto está vestido de blanco. Se pierde en la oscuridad con una calabaza iluminada en las manos.)

Escena 4: Día de los muertos

(Rumores nocturnos. Ponen ponchos en el piso del cementerio, al lado de las tumbas y velas en la ranura de los ponchos. Luego se ponen a escuchar a los muertos que hablan desde la tierra)

Epifania: (Hablando con un poncho) ¿Jacinto? ¿Estás ahí? ¿Cómo, si ya triunfaron sus obras? ¿Obras de que? ¿De teatro? ¿Como se llama usted? ¿Raul Salmón? Sí, las siguen haciendo. Las montan en una semana y voltean taquilla un mes. Sí, a la gente le encantan los finales felices. No... ¿en el extranjero? (A los demás) Quiere saber si sus obras triunfaron en el extranjero.

Hilaco: Cuando era albañil en Argentina nunca vi nada.

Epifania: Dice que fuera no lo conocen, que estuvo en Argentina y nunca vio nada. ¿Cómo? Que no le fastidien más con los argentinos? Que lo último que

faltaba es que se vengan a Bolivia a corromper a los jóvenes con la excusa de hacer teatro.

Amparo: (Hablando con el poncho) Si, ¿cómo? ¿qué desea usted? (A los demás) Se llama Francisco, y es español. (Al poncho) ¿Sí... una mujer? Claro que soy mujer. ¿Anda con ganas? ¿Me describo? Soy bonita, sí...¿el pelo? Tirando a pelirroja... (A los demás) Dice que no, que la quiere morocha y muy tetuda...

Crispín: (Al poncho) ¿Como las que le gustan al Padre Elías?

(El Padre le da un cachetazo en la cabeza. Crispín se va a su poncho)

Amparo: (Al poncho) ¿Pero hace cuanto que no ve a una mujer para tener esas ganas? ¿Que se murió en el mil quinientos cuarenta y uno? Oiga, ¿pero cuál es su apellido?... ¿Pizarro?

Crispín: ¿Qué?

Amparo: Es Francisco Pizarro.

Crispín: (Al poncho) Eh? sí, sí. Salud. No, no hemos traído chicha. Está bien, cuando sea la hora chayaremos aquí. ¿Cómo, que me quiere mucho? Yo también. En serio. (A los demás) Es uno que se murió borracho. (Al poncho) ¿Qué estoy hablando? Nada, decía que hace buen tiempo. ¿Que me va a sacar la mugre? ¿Cómo? (A los demás) Dice que viva Bolivia y que me vaya al carajo.

Hilaco: (Al poncho) Sí, sí señor. ¿Que me ponga firme? Ya estoy firme. Cuerpo a tierra entonces. ¿Cómo, que los gusanos le hacen cosquillas? ¿Y donde los tiene? ¿Le entran por el ano? ¿Que le pase un fusil, que va a fusilar a esos gusanos de mierda? ¿Que me calle y obedezca? Que cumpla las órdenes. Oiga, jefe, disculpe, ¿capitán? ¿Cómo se llama usted? ¿Mosca Monroy le decían? (A los demás) Me tocó un muerto jodido. (Al poncho) ¿Los novios de la muerte? ¿Era uno de ellos? (A los demás) Era un asesino.

Amparo: Que se vaya a la mierda.

Hilaco: ¿Como? ¿No eran asesinos, sino qué? ¿Justicieros? Sí, mi capitán, aquí me dicen que se joda usted, y que los gusanos le revienten el pote. No oigo, capitán, ¿se le llenó la boca de tierra? Coma tierra, capitán hasta el fin de los tiempos.

(Todos patean tierra sobre el poncho)

Padre: (Al poncho) Dígame: ¿quiere saber si llegó su carta al rey. ¿A qué rey?

¿Felipe Tercero? ¿Quién es usted? ¿Don Huamán Poma de Ayala?...

Crispín: ¿Huamán qué?

Todos: Shhhh...

Padre: Dígame, voy a transmitir a quien corresponda. (A los demás) Está cantando.

Amparo y Epifania: (Cantan mientras oyen) Seremos curas seremos frailes, dios mío, oh qué bien dicho, con el cantar el requiem seremos ricos, seremos ricos.

Padre: (Al poncho) Que los curas de las doctrinas apremian a las viudas y las solteras, las amanceban y las hacen trabajar sin pagarles, y las hacen grandes putas y no hay remedio. Y que piden el doble por cantar una misa, que comen a costa de los indígenas trigo, maíz, papa, y de todo eso no pagan nada. (A los demás) Es un ateo. (Se va. Los otros escuchan)

Amparo: Que el cura de San Cristóbal de Pampa Chire es cruel, que amarró en cueros al indio Diego Caruas, y le quemó con candela en el culo y en la vergüenza.

Epifania: Que le desnudaba a la hija y le metía los dedos en el coño, y la azotaba.

Amparo: Y eso hace el cura a la fuerza con todas las solteras.

Padre: Está bien, está bien, don Huamán...

Amparo: Y no es el único.

(El cura se acerca al poncho. Los demás escapan.)

Padre: (Al poncho) ¿A quién debo referir? Felipe Tercero murió, ahora en España hay un rey que se llama Juan Carlos. Pero no se interesa de estas cosas. Parece que juega al golf. Si, igual que entonces. Dios le conserve, don Poma.

Amparo: Padre, Hilaco ya está listo.

(Hilaco se ha vestido con los hábitos del muerto. Habla a las nubes tocando una campanita)

Hilaco: Jacinto, ¿me oyes? Es el día de los santos. Estoy yendo a buscarte. Ya pasó un año. Tengo tus ropas, tu campana. Jacinto, ¿me estás esperando? Ya llego hermano mío, ya estoy llegando. (Sale)

Epifania: Jacinto, apareces siempre cuando sueño. Siempre vestido de blanco.

Vas como si no pesaras, como volando o flotando. Dale noticias a Hilaco. Qué necesitas, si estás conforme. Te extraño todavía Jacinto, te extraño tanto. (Sale)

Amparo: Reconocerás a Hilaco por la campana, Jacinto. Escucha bien. Aquí hemos brindado por tu alma. (Sale)

Padre: Jacinto, con la muerte no se juega. Hilaco va a encontrarte. Si le pasa algo a Hilaco voy yo a buscarte y te vas a arrepentir de haberte muerto. Jacinto, aquí esperamos noticias. Lo que has visto y oído. Si por casualidad has conocido algún muerto italiano, pregunta por la signora Carolina Zambonini. Era mi mamá Jacinto. Se murió hace veinte años. Dile que me recibí de cura, que hace diez años vivo en Bolivia. Que aquí el clima es seco y siempre uso camiseta de lana. Que no se preocupe, que nunca me resfrío. ¿Te vas a acordar Jacinto? Carolina Zambonini, la mamma del padre Elías... (Sale)

(La escena queda vacía)

Escena 5: Encuentro entre Hilaco el vivo y Jacinto el muerto

(Entran Jacinto e Hilaco de lados opuestos. Dan vuelta alrededor de la escena lentamente. Cuando llegan cerca de dos ponchos tendidos en el suelo se detienen e inician a hablar. Mientras hablan se quitan sus abarcas. Jacinto dejará huellas blancas en un poncho negro; Hilaco dejará huellas negras en un poncho blanco. Luego, hacia el final alzarán los ponchos y se cubrirán con ellos)

Hilaco: ¿Jacinto?

Jacinto: ¿Hilaco?

Hilaco: ¿Estás muerto, Jacinto?

Jacinto: ¿Estás vivo, Hilaco?

Hilaco: Estoy vivo, Jacinto.

Jacinto: Yo estoy muerto... ¿Cómo está mi mujer?

Hilaco: Bien, ahora está bien.

Jacinto: ¿Se ha juntado con alguien?

Hilaco: Todavía no... La estoy cuidando.

Jacinto: Si se juntara con vos. ¿La querías?

Hilaco: Quien sabe. Te lloró tanto.

Jacinto: Lo sé. Vos también. Como mujer llorabas. Yo les veía.

Hilaco: ¿Y por qué no decías nada?

Jacinto: Porque estaba muerto, ¿no? Yo les llamaba, pero ustedes no me oían.

Hilaco: No estábamos distraídos, es que estábamos vivos.

Jacinto : Tienes mis abarcas.

Hilaco: Para venir a buscarte. Las guardamos para tu hijo.

Jacinto: Ah, ya... mi hijo.

Hilaco: ¿Y cómo es por aquí?

Jacinto: Bien nomás.

Hilaco: ¿Hay comida?

Jacinto: No, aquí mirar, respirar, caminar, comer, es todo uno. Nunca tengo hambre.

Hilaco: Debe ser jodido. ¿Hay mujeres?

Jacinto: Claro. Encontré a una. Cuando estaba viva era la mujer de un ministro. Paseamos a veces. Pero aún recuerdo demasiado a mi mujer.

Hilaco: ¿Y duermes?

Jacinto: Si y no. Lo que quiero. Lo más lindo es viajar. Veo de todo.

Hilaco: ¿Ves a los muertos?

Jacinto: Claro. Si no los viera ¿a qué serviría estar muerto? He visto al Mallqu, a los dioses, andan como nosotros, como los muertos. ¿Quieres viajar conmigo?

Hilaco: Me da un poco de miedo. ¿Y si me muero?

Jacinto: Tengo amigos aquí. No tengas miedo, yo te protejo.

Escena 6: El soldado muerto

(Entra un soldado. Trae una espada manchada de sangre en cuya punta hay una carta arrugada. Está herido y sucio. Carga una especie de mochila)

Soldado: Hace frío. Ya no siento el hambre, ya no siento la sed y sin embargo tengo frío.

Jacinto: El hambre y la sed son de los vivos.

Soldado: Quitame el frío.

Hilaco: De dónde vienes?

Soldado: Al final de la batalla rematábamos a los moribundos. Le puse una rodilla en el pecho y otra en la sien y le corté la yugular. ¿Alguna vez vieron degollar a un cordero? Le registré los bolsillos mientras se desangraba. Había monedas y una carta. Le había nacido un hijo. La leí mientras él agonizaba. Por favor, quítame el frío.

Jacinto: Yo no puedo quitarte el frío, porque soy parte del frío. Hay cosas que no puedo hacer. Ni siquiera tengo palabras para nombrarlas. Me iré encorvando con los siglos, como tú y como todos, y mis ojos poco a poco se volverán ciegos. Comprendo lo que dices, pero no puedo impedir que un viento invisible nos congele el corazón con los recuerdos.

Soldado: Todos se llenan la boca con la palabra Patria. ¿De qué patria hablan? Fuimos soldados en el Pacífico, en el Acre, en el Chaco, en siglo Veinte. Yo degollé moribundos, abrí las puertas de las chozas a patadas. Arrastré a mujeres del pelo por las escaleras y las violé en los patios junto a mis camaradas. Desnudamos a los muertos. Les robamos dinero, fotos, recuerdos. Ahora marcho días y días y nunca acaba el desierto. Los campos están helados, las cosechas perdidas. Me despierto con el ruido de camiones que van a la ciudad con gente amontonada encima. ¿Por qué se marchan? ¿Es patria la ciudad? ¿Por esa patria morimos?

Jacinto: Ahora viajas en tierra muerta y en el frío. No es grande la diferencia con los vivos. También los que te sobrevivieron murieron olvidados. No soy yo quien te congela. Es el olvido.

Soldado: Luego hubo paz. Paz sobre los huesos de los muertos. Paz sobre los ancianos pasados a cuchillo. Paz sobre mis manos sucias de bosta y sangre. Paz sobre todos. Firmaron tratados, compromisos, acuerdos, papeles más papeles. Eso obtuvieron: rollos de papel a cambio de los montes, barcos de papel a cambio del mar. Estamos en paz.

Jacinto: Paz sobre la tierra seca y lastimada, paz sobre la escarcha cayendo en nuestras manos, paz sobre el frío que perdura, paz sobre la noche de los hombres y de los ciegos.

Hilaco: Paz sobre los muertos y sus lágrimas. Paz sobre los vivos y su sueño. Paz

sobre los perros y los niños. Paz sobre mí, paz sobre tí, paz sobre nosotros. Paz...
(Epifania cruza la escena cantando. Hilaco y Jacinto la oyen pero no pueden verla)

Jacinto: ¿La oyes?

Hilaco: Sí, la oigo.

Jacinto: ¿Dónde estás Epifania?

Hilaco: Ella no está aquí, Jacinto. Te está soñando.

Escena 7: Juan Joselillo

Juan Joselillo: Mis libros, ¿vieron mis libros? He perdido mis libros.

Hilaco: ¿Quién es?

Jacinto: Es Ismael Sotomayor, el historiador paceño. Siempre se le pierden sus libros.

Juan Joselillo: Mis libros. Disculpe, ¿ha visto usted mis libros?

Jacinto: ¿Sus libros? Señor Lillo, ¿dónde los ha dejado?

Juan Joselillo: En un cajón de manzanas. Allí estaban guardados. Miles de libros, cien ediciones del Quijote, todo perdido.

Hilaco: Señor Lillo, ¿cómo hacen para entrar miles de libros en un cajón de manzanas?

Juan Joselillo: Por alquimia, señor mío, por alquimia. Sepa usted que el dueño de mi casa, redujo mi habitación repetidas veces para hacer más cuartos, y tuvo además, dada mi baja estatura, la pésima idea de ganar espacio en el plano vertical con lo que me dejó un metro sesenta del techo hasta el piso, quedándome apenas diez centímetros para respirar, y todos mis libros arrojados al patio.

Jacinto: Usted debía haber protestado.

Juan Joselillo: Si protestaba, dado el poco dinero que pagaba como alquiler, hubiera debido dejar mi habitación a ese usurero. Para salvar mis libros recurrí a la alquimia. Los reduje a dimensiones de diez por cinco milímetros. De ese modo entraron todos en mi velador. Luego de mi muerte los llevo en un cajón de

manzanas.

Hilaco: ¿Y cómo hace para leer libros tan pequeños?

Juan Joselillo: Ya no se leen, no hay lupa que lo consiga y los microscopios son muy caros. Pero recuerdo lo que está escrito. Con sólo verles la tapa ya sé lo que dicen. ¿Dónde andarán mis libros? ¿Dónde?

Hilaco: Huele a coa, a incienso. A humo.

Jacinto: Lleva siempre sus pantalones rotos en las rodillas y los sujeta con ganchos.

Hilaco: Flojo para coser.

Juan Joselillo: Música señores, música (Espera y luego se gira hacia los dos) Música, música. (Inicia un bailecito. El saca un pañuelo y baila) ¡Estoy libre, finalmente liberado!

Jacinto: ¿De qué se ha librado, don Lillo?

Juan Joselillo: De mi mujer. En vez de coserme las roturas del pantalón, esa bruja cada noche me pegaba con cañería.

Jacinto: ¿Por qué no se defendía?

Juan Joselillo: Jamás alzar la mano sobre una mujer, por mala que sea. Yo le suplicaba de rodillas, con riesgo de punzarme con los ganchos y ella nada. Déle pegarme en la joroba, con su cañería.

Hilaco: ¿Por qué festeja, qué le ocurrió a su mujer?

Juan Joselillo: La aplastó un camión. A festejar. Mi esposa fue aplastada por un camión.

Hilaco: Usted es cruel.

Juan Joselillo: Qué bello, qué bello ser despiadado.

Jacinto: Está en su derecho.

Hilaco: Le bailan los ojos, le baila la joroba, le baila todo.

Jacinto: Una vez lo empeñaron.

Hilaco: ¿Lo empeñaron?

Juan Joselillo: Sí, me dejaron como prenda porque no teníamos plata para pagar nuestra bebida. Quedé empeñado por dos noches en una tienda de la calle Yungas hasta que mi amigo Jaime juntó el dinero debido por la bebida. Qué

angustia. Como prenda no tenía derecho a probar ni una gota.

Hilaco: ¿De qué murió?

Jacinto: Se murió de hambre.

Juan Joselillo: El destino de un intelectual en este país, señores, es denigrarse o irse. He muerto de hambre y soledad señores, no podía ser de otra manera.

Jacinto: Encontraron su cuerpo tendido en una cama, en una gusanera.

(Juan Joselillo suspira. Inicia fuera una música de navidad)

Juan Joselillo: Es nochebuena. Bailo delante de tí niño dios, injusto, maldito seas. Yo amaba mi hogar, amaba a los niños, amaba los libros y el fuego. Ahora voy desconsolado, perdido en la muerte, perdido en la noche, perdido en la escarcha y el frío, irremediablemente. ¿Dónde, dónde quedaron mis libros?

(El señor Lillo se va. De su joroba sale un hilo rojo que Jacinto jala. Enhebrados en el hilo van apareciendo papeles viejos. De vez en cuando Lillo se detiene como si le doliera el cuerpo hasta que desaparece repitiendo ¿dónde, dónde andarán mis libros?)

Escena 8: Tomás Katari

Hilaco: (Parece poseído por algo extraño, una especie de viento que lo vuelve liviano y lo sacude)

Usqhayta jamuy, muyuj wayra Llanthuykitaj upiykuwachun

Ukhitumpi chinkachiwachun

Ven rápido, torbellino

Que tu sombra me trague entero,
y me haga perder en sus entrañas.

Me duelen los pies, Tomás, ¿cuánto falta a Buenos Aires? Ya no hay ojotas, descalzos andamos Tomás, ya sin camisa, sin poncho. ¿Quién nos recibirá? El Virrey va a escuchar. Tenemos derecho a hablar. Roba el corregidor, roba el cura, el minero. Verás Tomás, volverá el día en que desaparezcan de nuestra tierra el robo, el hambre y la mentira.

Jacinto: ¡Hilaco!

Hilaco: Waqayniywan juq'uchasqa

Khuyaj jall'pa, qhataykuwayku

mojada con tus lágrimas,

tierra generosa, cobíjanos.

Me duelen los pies, Tomás, ¿cuánto falta para regresar a Macha? El Virrey dijo que sí. Papeles nos dio. Vamos a gobernar, Tomás. Los curacas ladrones van a perder su cabeza, el corregidor también. También los curas que abusan de la fe. No es venganza, Tomás, es justicia. Siglos de injusticia están entre mis manos. ¿Qué podría yo hacer?

Jacinto: Regresa Hilaco, cálmate por favor.

Hilaco: Nuqa tuta kani,

ch'intamin munani

Yuyayniypitaj llakiy kani.

Yo soy la noche, quiero el silencio total.

Y en mi pensamiento soy el llanto (Cae. Jacinto le ata en los pies, pañuelos con hierbas)

Me duelen los pies, Tomás. ¿Dónde estás? ¿Te mató el corregidor? Aquí estoy, caído en una quebrada con un agujero en el pecho. Me llevan junto a mi escribiente, en pellones de vicuña. Muerto. La tarde acaba. No lloren por mí. En ustedes vivo. (Se alza)

Nuqawañuyta mask'aj risqani;

awqanchijkuna saruchikunqanku

Yo había ido a buscar la muerte

Nuestros enemigos se van a hacer pisotear

Musu k'ajajtin yuyariway,

ñuqapis yuyariskayki.

Maykamañachus qanrayku

Kay ch'ullla sunquyqa chayan

Jacinto: (Tocando la campanita alrededor de él. Espantando a los espíritus)

Déjenlo, él no está muerto, es visita. Vino a traer noticias, a llevar noticias.

Tomás Katari, déjalo. A la vida tiene que volver, su destino no llegó aún. Por

favor. Déjalo.

Hilaco: Con los grillos puestos me enterraron, Tomás. Contigo voy para siempre. Yo repartí tierras, yo calmé dolores, yo estuve en prisión, yo corté cabezas. Y mi asesino no puede descansar. Sin ojos va, sin ver, sin regresar. Yo soy Tomás Katari, y me duelen mis grillos, y me duelen las piernas de tanto caminar. Cuando se encienda la tierra acuérdate de mí. Yo también me acordaré de vos. Hasta donde sea, por ti, llegará mi viudo corazón.

(Hilaco lo sujeta por detrás y ambos caen. Cantan con todas sus fuerzas. Luego, poco a poco disminuye su canto)

Jacinto: Ya pasó Hilaco. Entró dentro de tí Tomás Katari. Como sombra anda. Es fuerte y no se resigna. Te visitó. Ya pasó.

Escena 9: Las reinas muertas

(Entran en escena dos doncellas. Reinas de belleza muertas en un accidente de tránsito)

Raquel: Qué sucio está todo. Cuánto polvo.

Rita: Te lo dije, teníamos que ir en avión.

Raquel: Amorcito, no hay avión a los Yungas.

Rita: Aay... un indio... Buenos días, señor.

Jacinto: Buenos días, señoritas... ¿Qué les ha ocurrido?

Rita: Ah, si usted supiera. (Se interrumpen)

Raquel: Nosotras no entendimos bien lo que pasó. Ibamos en la flota a los Yungas, y...

Rita: Se descompuso la flota, ¿sabe? ¡Qué horror! Precipitamos en un barranco...

Raquel: Era un precipicio, no un barranco. Hicimos un vuelo de más de cien metros...

Rita: Aah... Y yo que me peleé con mi novio antes de partir. Debe estar preocupado. ¿Hay un teléfono por aquí, para llamarlo?

Jacinto: No, no creo que aquí haya teléfono.

Raquel: ¿Por qué te preocupás de ese tarado de tu novio? (A Jacinto) ¿Cuánto

falta para llegar a Chulumani?

Rita: Tarado será el viejo verde que te mantiene, no mi novio.

Raquel: ¿Viejo? Hablas por envidia. Tiene sólo 50 años. Sale conmigo, no con vos, bruja.

Rita: Seré bruja pero yo gané el primer premio en el concurso. Vos fuiste sólo princesa.

Raquel: Claro, porque yo no se la chupo a nadie, por eso soy sólo princesa.

Rita: Yo soy reina porque me eligieron. Sólo por eso. (Se dirige al público) Desde niña mi mamá me llevaba a concursos. A los cinco años fui reina en el jardín de infantes. Mamá tiene la foto en casa. Dice que yo era divina. El día del mar representé a la esposa de Neptuno. Tenía un vestido con caracolitos, y la corona en forma de caballitos de mar. Recuerdo que mamá me había dicho que tenía que sonreír siempre. Y yo sonreí tanto que a la noche me dolía la cara. En la facultad me eligieron miss patología. Yo estudio medicina, ¿sabe? Hay tanta gente para curar. Y ahora fui reina en el concurso de belleza organizado por la F.C.B.

Raquel: Federación Carniceros de Bolivia.

Rita: Miss Parrilla. Voy a aparecer en los almanaques de las carnicerías. En traje de baño plateado sentada en una res muerta.

Raquel: Y tanto que habla la reina, ¿se puede saber cuál fue el premio que yo recibí como princesa?

Rita: Un viaje a los Yungas.

Raquel: ¿Y la reina?

Rita: Un viaje a los Yungas también... pero como reina. Las reinas no viajan solas, deben ser acompañadas por alguna princesa.

Raquel: Idiota. (Se insultan y terminan ladrándose una a otra) Perdone señor, ¿queda lejos Chulumani, sí o no?

Jacinto: Cualquiera de estos caminos puede llevarlas. Y es lejos y no es lejos. Depende del paso que tengan.

Rita: ¿Para qué le preguntaste? Los campesinos siempre responden así. Si y no. Te mandan a cualquier parte. Gracias buen hombre.

Raquel: Muchas gracias. (Empiezan a irse)

Jacinto: Señoritas, perdonen un segundo...

Raquel: Dígame (a Rita). Cuidado, tal vez tenga malas intenciones.

Rita: ¿Querrá violarnos? Señor, sepa que mi papá es coronel.

Jacinto: No, yo quería decirles por si no se habían dado cuenta que ustedes...

Rita y Raquel: ¿Que somos bonitas?

Jacinto: No, que están muertas.

Rita y Raquel: ¿Muertas?

Jacinto: Muertas.

Rita: Por eso no me duele nada. Ay, mamá, cómo va a llorar, y papá, ay, ay.

(Sale)

Raquel: Usted es un grosero, maleducado. ¿Cómo se atreve? ¿Yo muerta? Idiota.

(Sale y pisa a Hilaco)

Hilaco: Ay, yo estoy vivo, carajo. ¿Quienes eran, Jacinto?

Jacinto: Falsas ñustas.

Escena 10: El Padre Espinal

Jacinto: (Descubre en un costado un banquillo con ropas) Mira, las ropas del Padre Espinal.

Hilaco: ¿De quién?

Jacinto: Luis Espinal. El padre que secuestraron y mataron los paramilitares.

Hilaco: ¿El cura extranjero?

Jacinto: Siempre aparecen sus ropas cuando está por llegar. Allí está.

Espinal: (Aparece en calzoncillos, vendado y atadas las manos a su espalda) Estoy solo. Todos los hombres están solos, con su misterio, sus razones, su amor.

Jacinto: Aparece así en la noche. Lo desatamos siempre, le quitamos la venda, lo vestimos. Y a la noche siguiente vuelve a aparecer amarrado y desnudo.

Hilaco: ¿Quién lo desnuda? ¿Quién le pone la venda?

Jacinto: Los niños.

Espinal: La soledad del huérfano, del anciano. (Hilaco le quita las ataduras) La

soledad del delito, la soledad del dolor y de la tumba.

Hilaco: ¿Los niños?

Jacinto: Sí, los niños muertos. Juegan a la gallina ciega y le vendan los ojos. Le atan las manos para jugar al sacrificio. Y lo dejan así.

Espinal: Cada uno lleva sus heridas, su sensibilidad, (Hilaco le quita la venda) El vértigo de su soledad. Yo no morí para el silencio, porque fui cargado con la palabra.

(Hilaco toma las ropas y viste a Espinal mientras este habla. Jacinto sale)

Espinal: Estoy en el ruido, ¿escuchas? cada vez que un joven toca una guitarra me quedo en carne viva. Todo el dolor del mundo clavado en una garganta. El rock es una oración. He visto una película. Había una actriz joven, casi niña. Tenía una mirada... Adelante... quien no tiene la valentía de hablar en favor del hombre tampoco tiene el derecho de hablar de Dios. Yo llamo las cosas por su nombre. Honorables, el pueblo les observa con ira. Quien renuncia a sus ideas y se alía a su enemigo para llegar al poder, nos merece tan poco respeto como el vendido que se deja comprar por una pega. Y esa actriz... sus ojos hablaban más allá del personaje... Encarnaba a sí misma... He visto las calles de Bolivia ensangrentadas, la morgue llena de cadáveres. ¿Para qué recordar a los muertos? La memoria es parte de la conciencia, de su vitalidad. Pero no quiero recordar para la venganza. La venganza es una pasión inútil. Yo estuve aquí, con los pies en el suelo, en el lugar crítico, donde faltaba la luz y el esclarecimiento, con el dedo en la herida. Hay un límite imperceptible entre la prudencia y la cobardía. No quiero la prudencia que conduce a la omisión. Mi tarea fue aquí, al lado de ustedes, para escuchar su voz, y propagarla. Yo estuve aquí. He visto una película. Un film delicioso. Era el mundo de unas adolescentes en un liceo. Había una actriz, con una mirada... Era un tejido de anécdotas de colegio: los estudios, los cambios de amistades, la pubertad, los varones, los primeros amores, la rebeldía... un film sutil y femenino, mezcla de vivencia y poesía, crítica y sentimiento. Y esa actriz... La intimidad es la transparencia del amor. (De su bolsillo saca una bala y la observa. Luego la deja en el piso) Adelante, no me puedo detener aunque el corazón quisiera. Mi vida es éxodo. Amar

profundamente pero siempre en marcha. Pero esa mirada... (Saca otra bala)
 Quiero descansar... el descanso está en lo sencillo y lo frugal. El descanso está
 en el arte y la amistad... Adelante... (Saca un manojo de balas que se le caen de
 las manos mientras sale) Yo enjuago las lágrimas de los ojos de todos, y para
 siempre, y la muerte desaparece. Ella tenía una mirada...

Escena 13: Desesperación

(Entra la Muerte arrastrando a Jacinto. Hilaco huye. Luego de forcejear Jacinto
 cae. Hilaco regresa)

Hilaco: Amanece. Debo regresar. Aquí, los olivos se abren en cien años como
 flores en una madrugada. Debo regresar, fue bello contemplar donde no
 estamos. Hice mi viaje aferrado a un ausente, a tí Jacinto. Por tí, ahora regreso
 a la vida. (Se pone sus abarcas)

(Canto de Epifania que cruza la escena)

Jacinto: Quiero volver, Hilaco. ¿La oyes? Mi cuerpo está bajo la tierra, muerto y
 solo. Mis manos están vacías. ¡Epifania! (Siempre sujetado por cuerdas a la
 Muerte, Jacinto trata de alcanzar a Epifania, pero la muerte impide que la
 toque)

Mis manos tienen tu nombre, son tuyas. Si me toco la cara me acaricias.

Mi boca tiene tu nombre, es tuya mi sonrisa.

Mi cruz tiene mi nombre, pero es tuya la madera y es mía la frente que la besa.

Doy tu nombre a los árboles, tuyo es el perfume, son mías las hormigas y las
 hojas.

Doy tu nombre a mis pasos. Tuyo es el sonido de los pies en la tierra, es mía la
 sombra.

(La muerte arrastra y enreda a Jacinto con las dos cuerdas de sus brazos)

Muerte: El dundú es un árbol,
 y cuando se lo corta
 nunca deja de brotar su savia.

Como el árbol de dundú,

de tus ojos van a brotar lágrimas.

Como cuando se lo corta al dundú,

así van a caer tus lágrimas.

Tu pensamiento, tu corazón, se van a recordar,
como el viento, así, como sopladados por el viento.

Tu alma va a quedarse
como cuando la araña envuelve la hoja en su tela.

Así va a ser tu pensamiento.

Así va a ser tu corazón.

Como cuando se corta el árbol de dundú

Así de tus ojos brotarán lágrimas

Y tú te sentirás extraño, querrás volver

Y tu corazón empezará a recordar

Y será como el viento.

Y te habrás envuelto

Como la hoja seca en la tela de araña

Así va a ser tu corazón

Así va a ser tu pensamiento

Así dice el dundú

(Se va y se acuesta en el fondo de la escena)

Jacinto: Estoy en mi cuerpo, solo, abrazado a mis brazos, enredado en mis
piernas. Abro mis alas, me pierdo sobre los sauces y el río para que mi cuerpo
duerma. Así reposo, y vuelo y acuno y tiemblo. Yo no sé más donde ir cuando la
muerte sopla y mi cuerpo descansa.

Hilaco: Calma, hermano mío. Calma. (Lo abraza)

Escena 12: El Predicador en la tierra de los muertos

(Entra en escena un predicador evangelista que es al mismo tiempo vendedor de
Deus Cola. Trae una cruz con un letrero luminoso que se enciende y apaga
intermitente, un carrito donde lleva sus refrescos y un gramófono portátil)

Predicador: El fin del mundo está cerca, el hermano sol se apagará por nuestras culpas, el caballo rojo está ensillado y el ángel de la muerte empuña su espada. Porque fornicamos y fornicamos y fornicamos y bebemos alcohol que embrutece y nos alimentamos de ídolos. Yo soy el que abre la puerta y nadie la cierra y el que la cierra y nadie la abre, porque vengo en nombre de Dios que dijo: los justos estarán conmigo ataviados con terno blanco, camisa y corbata de oro. Pero antes del fin habrá una gran calma para que dios perdone a los que se arrepintieron, a los que fueron generosos en sus ofertas y limosnas. Y la multitud de los salvados, toda con ternos blancos y un vaso en la mano, dará loas y gracias a dios para siempre. Y no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá ya para ellos. Porque el cordero que está en el trono los cuidará y los guiará a fuentes de soda. Y Dios los consolará. (Pone un disco. Cuando inicia la música el letrero se enciende)

Hilaco: ¿Quién es?

Jacinto: Nunca lo vi.

Hilaco: ¿Es otro muerto?

Jacinto: No, se debe haber equivocado, está vivo este cojudo.

Predicador: Calmen su sed, dijo Jesucristo. Sed de justicia, sed de bondad, sed de sed hermanos. Yo no vengo a vender sino a ofrecer, no vengo a confundir sino a iluminar, vengo a cuidar el rebaño y apartar del mal camino a las ovejas descarriadas, pero a mí nadie me regala nada. A precio de costo sí, hermanos, el vasito a dos pesos bolivianos.

Jacinto: Señor, aquí no tenemos sed. Estamos muertos.

Predicador: ¿Están qué?

Jacinto: Muertos.

Predicador: He, qué chistoso, qué simpático.

Jacinto: Yo soy un muerto.

Predicador: Y yo soy la flor que perfuma vuestra vida, y si no puedo ser la flor, déjenme ser su perfume y alegrar los corazones con el arrepentimiento. Déjenme ser la voz del hijo del padre y si no puedo ser la voz déjenme ser al menos su palabra, porque está escrito: In god we trust. En dios creemos, we trust in god.

Déjenme ser la fuente de vuestro sudor, y si no puedo ser la fuente, déjenme ser al menos su gota, y rodar por vuestra cara como una lágrima, y si no puedo ser la lágrima déjenme ser el vaso que la recoge para que dios vea nuestro esfuerzo y en su infinita bondad nos refresque el corazón con su verbo y la garganta con refresco dije, al menos un peso el vasito hermanos.

(Aparece la Muerte. El predicador sirve vasos de deus cola a los presentes.)

Predicador: Llega la bendición de dios. Hagan su oferta hermanos. Nada les pido, yo cierro los ojos, es gratis mi palabra, pero recuerden que dios todo lo ve. Dios se alzaré dentro de poco de su trono y te dirá: Hijo, te dí la palabra y refresqué tu garganta ¿y tú me diste solo cincuenta centavos? Y tú bajarás los ojos, rojo de vergüenza y musitarás derramando lágrimas: sí, mi señor, me iluminaste, me refrescaste y sólo te dí cincuenta centavos. A la diestra de dios estarán los generosos, los que todo lo dieron por él, la vocación, el arte, la palabra y tres pesitos tal vez por un vaso.

(Nadie da nada. Jacinto, Hilaco y la Muerte derraman la deus cola al piso, y arrojan los vasos)

Predicador: ¿Qué les ocurre? Dios dijo: vayan y trabajen ,y ustedes trabajan y se ganan el pan con su trabajo. Y al predicador dios dijo: ve y habla, refresca a los sedientos y calma a los necesitados. Por favor, calma. Y nosotros incrédulos, preguntamos: señor, quien nos pagará el refresco? Y el señor se enojó y nos advirtió: malos predicadores, confíen en los hermanos que escuchan a través de ustedes mi palabra. Ellos darán su limosna para mi iglesia. (Está asustado. Los muertos avanzan hacia él) La limosna, señores. Está bien, no están obligados. La palabra es refresco del alma, el refresco es pañuelo del cuerpo. Burbuja ferviente que calma y alegra. Palabra de dios, palabra sagrada. (La muerte lo toca). Puta, ¿Dónde me metí? (Cierra los ojos). Calma señores, yo no hice nada.Socorro, alguien que no esté loco. ¿Dónde vine a parar?

(Escapa. Inicia desde fuera una canción. Jacinto barre la tierra con una escoba blanca)

Muerte-relator: (Tiene fuego en las manos) Aquí está la palabra. Pronunciando gota a gota el tiempo en que vivimos, del que hicimos parte, como el chillido de

un pájaro en medio de su sed, como el jadeo del amor reptando en las habitaciones.

Aquí está la llave, para abrir la puerta del jardín perfumado, y extender nuestro pobre vendaje sobre la rabia de los niños, sobre el susto de los hombres que atraviesan la calle.

Aquí está la paz, el tiempo, el impulso, para cerrar los ojos en medio del ruido y percibir el ruido, para abrir los ojos y descubrir nuestro brazo, trabajando.

Aquí está el polvo, para amasar el pan y compartirlo con aquellos que del polvo se alzaron y comparten con nosotros su memoria. Aquí estamos. (Sale)

Hilaco: ¿Estás borrando las huellas, Jacinto?

Jacinto: Hilaco, es hora. Debes irte. Voy a borrar. Las tuyas, las mías. Ya no regreso.

Hilaco: Adiós, Jacinto.

Jacinto: Adiós, Hilaco.

(Aparece Epifania detrás de una ventana iluminada)

Hilaco: (Alejándose de Hilaco ve a Epifania) ¡Epifania!

Epifania: ¿Hilaco, estás bien Hilaco?

Hilaco: Los muertos no sufren, Epifania, sino dentro de los vivos. Les duele cuando los recordamos, pero mucho más les duele si nos apuramos a olvidarlos. (Salen)

Jacinto: Aquí me quedo, borrando mis huellas, viajando hacia el frío y la nada. Mientras haya memoria, yo seguiré existiendo. Hasta la última sílaba, hasta el último aliento, hasta la última nota.

(Se oye desde fuera la canción de los muertos. Jacinto barre poco a poco hasta desaparecer. Luego entran todos tocando y cantando y vuelven a irse. Queda olvidada la cruz intermitente que poco a poco se apaga)

Fin

César Brie. Correo electrónico: cesarbrie@pelicano.cnb.net

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Julio 2005

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar